

El Mundo de las Aventuras

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

⇒ Año I. ⇨ Núm. 9 ⇨

ESPAÑA
Un año (con la novela)... 12'50 ptas.
Un semestre... 6'50
Número suelto... 0'25

PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente.
Cada número (con la novela)... 50 reis.

Barcelona, diciembre de 1892

Con el presente número se entregará el cuaderno 9.º
de «¡Hijo mío!», novela de la BIBLIOTECA

CUBA Y PUERTO RICO
Un año (con la novela)... 5 pesos oro.
En el resto de América
fijan el precio los Sres. Corresponsales
EXTRANJERO
Un año (con la novela)... 18 ptas.



EL CARNAVAL DE PERTH.—¡Guardad la puerta!—gritó la reina

SUMARIO

El Carnaval de Perth (*conclusión*).—Guerra á muerte (*continuación*).—Solo en el mar.—Courjon, el cazador de tigres.—El brujo indiano.—El soldado y el vampiro.—Variedades.—Noticias.

LEYENDAS DE LOS ESTUARDOS

I

EL CARNAVAL DE PERTH

LA TRAGEDIA DEL REY

(*Conclusión*)

En una de las salas del monasterio de los Dominicos habíase celebrado un banquete que tocaba á su término.

Fuera del edificio, el viento, silbando con fuerza, arrancaba las ramas de los árboles y el agua azotaba los cristales de las ventanas del monasterio; pero en el interior había reinado la alegría, y Jacobo permanecía sentado á la mesa con la reina y su corte.

Entre los convidados contábanse enemigos mortales del monarca, como el conde de Athole y su hijo, sir Roberto Estuardo, mayordomo del rey, que esperaba ceñir la corona de Escocia si Græme cumplía su promesa.

Aun en aquel momento, uno de los conspiradores, el caballero Chamber, sentía remordimientos y trataba de hacer señas al rey para que estuviese alerta contra el golpe que se había preparado.

Pero el rey no sospechaba la menor cosa. Desde su llegada no habían faltado bailes, música y torneos, porque el carnaval tocaba á su término, y aquella noche fué el más alegre anfitrión, como era siempre el más cumplido caballero. Alto y robusto, aunque de agraciadas formas, y con su larga cabellera rubia y su varonil continente, era la figura más notable entre aquellos caballeros.

El rey era muy aficionado á cantar, y en aquel momento había entonado una de las melancólicas baladas escritas por él mismo, cuando de pronto resonó un fuerte golpe en la puerta exterior.

Jacobo interrumpió su canto para preguntar quién llamaba así á una hora tan intempestiva de la noche.

—Es la sibila,—contestó el ujier, que había ido á informarse,—aquella vieja que detuvo á V. M. en el camino. Dice que desea hablar con el rey dos palabras.

—Mañana,—contestó Jacobo, enojado por la interrupción.

El ujier fué á llevar la respuesta y volvió un momento después.

—Señor,—dijo,—esa mujer parece resuelta á no irse sin ver á V. M., y asegura que lo que ha de comunicarle es de tal importancia que no admite dilación.

—¡Cómo! ¿A media noche? ¡Despídela! ¡Que vuelva mañana!

El ujier volvió á dar esta contestación, cuya voz se oía hasta en la sala del banquete; pero fué ahogada por el ruido de la música.

—¿Se ha marchado ya?—preguntó el rey al cabo de un momento.

—Sí, señor,—contestó el ujier con expresión grave; —pero ha sido necesario expulsarla por fuerza, pues tenía empeño en penetrar hasta aquí, y al marcharse retorciase los brazos, exclamando: «—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Mañana no le veré ya!»

La reina tembló al oír estas palabras, y como el monarca viera el espanto pintado en sus ojos, experimentó también cierta inquietud é hizo señal de que la fiesta había terminado.

Los convidados comenzaron á retirarse, dejando á los reyes solos. El último que salió fué Roberto Estuardo, que debía avisar á los conspiradores cuando llegase el momento de obrar. Entonces eran, poco más ó menos, las doce de la noche.

Mientras el rey y su corte se entretenían así, Græme y sus secuaces habíanse entregado á una ocupación muy diferente. Con el mayor sigilo, inutilizaron las cerraduras de todas las puertas de la sala del rey, de modo que no se pudiera echar la llave; escondieron las barras que servían para asegurar los postigos de la entrada principal, y aplicáronse escalas á la cerca del monasterio por si fuese necesario escalarle.

Hecho esto, Græme, á la cabeza de trescientos montañeses, partidarios suyos, avanzaba, conducido por Roberto Estuardo, hacia el sitio donde estaban sus víctimas.

En la gran chimenea de la sala en que se había celebrado el banquete ardía un buen fuego, y el rey y la reina, sentados uno enfrente de otro, contemplábanle silenciosamente, mientras que las camaristas preparaban el lecho en la alcoba contigua.

Jacobo dirigió algunas palabras á su esposa, sin duda para disipar sus temores sobre la visita de la misteriosa vieja; mas nadie oyó lo que le decía.

De repente, dominando el mugido del viento, oyóse un grito penetrante.

La reina volvió la cabeza con inquietud y las damas interrumpieron su ocupación para escuchar.

Era la voz de la mujer que se había presentado al rey y su séquito en el camino para intimarles que no pasaran adelante.

Esta vez el sonido no era articulado: era más bien un grito de desesperación, que heló la sangre en las venas de los que escuchaban, y en el mismo instante una de las damas de honor, que iba á correr la cortina de una ventana, retrocedió profiriendo un grito.

En el patio veíanse muchos hombres con teas encendidas, cuya luz proyectaba siniestros reflejos en los vidrios.

Y después percibióse como un crujido de armas, y el rey y la reina se miraron silenciosos, comprendiendo, al fin, la terrible realidad, persuadidos de que Roberto Græme iba á llegar para cumplir su venganza.

El rey miró á su alrededor. Allí no se veía arma alguna. Las manos de la traición habían tenido buen

cuidado de no dejar allí ningún medio para la defensa.

—Corred los cerrojos,—gritó el rey á las camaristas.

Dos ó tres se lanzaron hacia las puertas; pero aquellos habían desaparecido, así como también las barras.

Jacobo estaba cogido como un conejo en la trampa, y solamente á él buscaban los traidores. El rey se asomó á la ventana; pero hallábase ésta á tanta altura que no se podía pensar en huir por allí, prescindiendo de que los hierros lo impedían; y mientras Jacobo practicaba este examen, oyó pesados pasos por el pasadizo que conducía á su cámara.

El rey se había aligerado de ropa para ir á descansar, y ya no le quedaba más remedio que permanecer allí hasta que llegase la hora de la muerte. Con los brazos cruzados, esperó inmóvil en medio de la cámara, oyendo siempre los pasos que se acercaban, así como también las voces de sus enemigos y de sus falsos cortesanos, entre las cuales reconoció la de Roberto Græme.

Pero mientras estaba así, contemplando á la reina, quien de rodillas le suplicaba que huyera, si bien comprendiendo que era demasiado tarde, Catalina Douglas, una de las camaristas, recordó que bajo el suelo de la cámara se corrían las bóvedas del monasterio. Era una probabilidad de salvarse, aunque muy ligera; pero la dama corrió á la chimenea, apoderóse de las sólidas tenazas y púsolas en manos del rey.

—¡La tabla,—murmuró,—la tabla! Procurad levantarla.

El rey cogió las tenazas y, con la fuerza que le comunicó un resto de esperanza, introdujo una de las puntas en la juntura de dos tablas para levantar una de ellas. La reina le miraba con ansiedad, escuchando al mismo tiempo anhelante el ruido de pasos que se acercaban.

¿Habría tiempo aún? ¿Sería posible levantar aquella tabla? ¿Estaría aquel paso guardado también? ¿Se resistiría el centinela apostado á la puerta de la cámara?

Haciendo un poderoso esfuerzo, Jacobo desencajó, al fin, la tabla, mientras que la reina elevaba una oración al cielo. Un minuto más y sería demasiado tarde: los conspiradores llegarían de un momento á otro.

De nuevo oyóse el choque de armaduras; pero, afortunadamente, el centinela, Walter Stroiton, fiel á su consigna, había opuesto resistencia, aunque esto debía costarle la vida; y mientras él cruzaba su acero con los asesinos, la tabla arrancada dejó un boquete abierto, de donde se escapó una corriente de aire frío.

Entonces, besando con cariño la frente de su esposa, Jacobo se deslizó por la abertura, dejándose caer en la cripta, en tanto que las camaristas trataban de aplanar la tabla en su sitio, á fin de que no se reconocieran las señales de aquel paso.

Mas era demasiado tarde. Un grito de agonía anunció que el valeroso centinela acababa de caer. La tabla no había encajado bien aún y los asesinos iban á entrar al punto.

—¡Guardad la puerta, aunque sólo sea un momento!—gritó la reina á Catalina Douglas.

Cinco ó seis de aquellas valerosas damas cogieron

la mesa y trataron de arrastrarla para colocarla delante de la puerta; pero el mueble era de roble muy sólido y pesado y no lo consiguieron del todo.

Entonces Catalina entornó cuanto pudo las hojas de la puerta y sujetólas con sus blancas y delicadas manos. La tabla estaba ya de nuevo en su sitio y tratábase sólo de ganar un momento.

Sin embargo, alguno de aquellos feroces asesinos hizo desaparecer el obstáculo, descargando una cuchillada en el delicado brazo de Catalina Douglas, que cayó al suelo desvanecida, lanzando un grito de dolor.

Mas la tabla se había aplanado ya, habíanla cubierto con una esterilla y no se notaba nada.

La reina y sus compañeras permanecían en pie cerca del sitio.

Varios hombres armados, al frente de los cuales iba Roberto Græme, penetraron, al fin, en la estancia con los áceros desnudos y mirando á todas partes. Dos ó tres de las damas de la reina, que hicieron ademán de cerrarles el paso, fueron arrojadas brutalmente en tierra.

Pero no se veía al rey por ninguna parte.

En medio de la cámara hallábase la reina medio vestida, con el cabello en desorden y cubierta la espalda de un manto.

Uno de los conspiradores acercóse á ella y cogióla de un brazo.

—¡Decidnos,—gritó,—dónde está el rey!

Pero la reina no contestó una palabra, aunque la punta de un puñal había hecho ya saltar la sangre de su seno.

—¡Dejad á la reina!—exclamó Græme acercándose. Es una mujer, y nosotros no buscamos más que á Jacobo.

Las pesquisas continuaron durante largo rato, mientras que las pobres mujeres temblaban como la hoja en el árbol, dispuestas á gritar cuando cualquiera se acercase al sitio por donde Jacobo había huido.

Al fin, se opinó que el rey había escapado á tiempo, y todos sus perseguidores salieron de la cámara. Era de esperar que entretanto los nobles y gente de armas de la ciudad llegaran á tener conocimiento del ataque y acudieran en auxilio de su soberano; pero ¿llegarían á tiempo?

Por el pronto nada se podía hacer; el rey estaba oculto, y confiábase que escapara, pues se recordó que había en la bóveda una salida al campo. Pero todo estaba contra Jacobo aquella noche. Tres días antes se había mandado cerrar aquel paso para evitar que se albergasen en la bóveda gentes sospechosas ó de mal vivir.

En su consecuencia, fuéle preciso permanecer en su escondite, oyendo los pasos de sus enemigos y sus imprecaciones. Al fin, reinó el silencio, y parecióle que salían, acercóse al sitio por donde había escapado y gritó á las damas que le ayudaran á subir.

Obedecer á semejante orden era la mayor imprudencia, porque los perseguidores podían volver de un momento á otro, y aun en aquel instante oíaseles abrir y cerrar puertas y andar por los corredores; pero las damas obedecieron. Levantando la tabla de nuevo,

extendieron los brazos é inútilmente esforzaronse para dar las manos al rey, pues la bóveda tenía bastante profundidad.

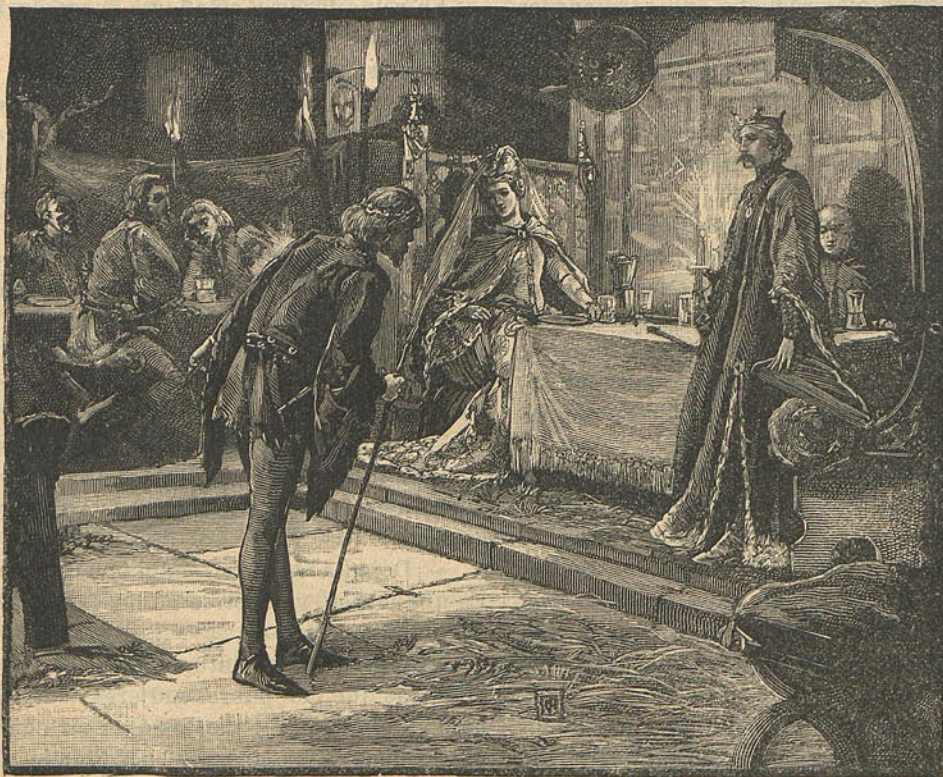
Entonces Jacobo insistió para que le echasen las sábanas de la cama, muy revuelta por los conspiradores, que creían encontrar allí á su víctima. Hizose así, el rey las retorció, y, confiando en que cuatro mujeres podrían resistir el peso, quiso subir.

Sin embargo, todas las damas, debilitadas por tantas emociones, no tenían suficiente fuerza, y Catalina Douglas, la más animosa, yacía en un rincón, sufriendo horriblemente porque tenía el brazo roto.

mente el sitio, y no quedándole ya la menor duda acercóse á Græme y le mostró los clavos sueltos y las señales que las tenazas habían dejado en la madera.

Al observar esto, los conspiradores no perdieron un minuto: con sus espadas practicaron una abertura, cortando la tabla, y en un instante quedó descubierto el escondite.

Todo estaba oscuro en el fondo, pero Græme cogió la tea de Roberto é introdújola en el agujero. Durante un momento, el aire rechazó la llama; pero después, arrodillándose para examinar bien la cavidad, vió al hombre cuya sangre buscaba, y junto á éste el cuer-



EL CARNAVAL DE PERTH.—Mañana,—contestó Jacobo

Cuatro veces las damas intentaron izar al rey, y otras tantas hubieron de renunciar á sus esfuerzos. En una de aquellas tentativas, Isabel Douglas, hermana de Catalina, fué arrastrada por el peso y cayó en la bóveda, recibiendo tan terrible golpe que perdió el conocimiento.

Pocos momentos después volvió á reinar la confusión, oyéndose de nuevo el ruido de pasos en el corredor que conducía á la cámara. Varios hombres habían creído percibir un extraño rumor en la bóveda, y volvían con el traidor Roberto Estuardo, que no sospechaba por dónde habría escapado el rey.

Las damas retrocedieron al verlos entrar.

—Debajo de esta cámara está la cripta,—dijo Roberto.—¿Habéis buscado aquí?

—No,—contestaron todos.

Entonces, Roberto cogió la antorcha de uno de los soldados para examinar el pavimento. La tabla había sido encajada de nuevo, pero no tan bien que no se reconocieran las señales. Roberto examinaba detenida-

po de Isabel Douglas. En el mismo instante púsose en pie, lanzando una exclamación de alegría.

—¡Ahi está lo que hemos buscado toda la noche!—dijo á Roberto.

Todos se agruparon alrededor de la abertura y ensancharon esta última más para ver mejor á su víctima.

Por espacio de algunos minutos el rey permaneció inmóvil, mirando á unos y á otros, pero dispuesto á recibir al primero que saltase y se pusiese al alcance de sus manos.

Sir John Hall dió el ejemplo gritando á sus compañeros que le siguieran, desenvainó su daga y precipitóse en el agujero, procurando no caer cerca de Jacobo.

Pero el rey, más rápido en sus movimientos y cayendo sobre él de un salto, cogióle de los hombros y derribóle en tierra con tal fuerza que sus huesos crujieron. Después apoyó un pie sobre el pecho de su adversario y esperó á que saltase otro.

El siguiente fué sir Thomas Hall, hermano del primero; mas al bajar, el rey le cogió del cuello antes que sus pies tocaran en la tierra, y derribólo junto á sir John. Entonces volvióse contra ellos y trató de arrancarles sus dagas; pero como sus enemigos se defendían aún, se cortó los dedos sin conseguir su propósito, aunque apoyaba una rodilla en el pecho de cada uno de los conspiradores. Durante algunas semanas, las señales de los dedos del rey quedaron impresas en el cuello de aquellos dos hombres.

Mas no tuvo tiempo de hacer más, ni tampoco para

Temeroso de que sus secuaces cumplieren la amenaza, Græme cayó de nuevo sobre su víctima con los hermanos Hall y le cosieron á puñaladas. Solamente en el pecho del rey reconocieron diez y seis heridas.

Sin embargo, mientras así se ocupaban en su obra de exterminio, la campana del monasterio comenzó á repicar apresuradamente, y un momento después agrupábanse en la puerta del edificio muchos hombres á cuyo frente se hallaban los más fieles servidores del rey.

Llegaban demasiado tarde para salvar á su sobera-



EL CARNAVAL DE PERTH.—Descargando una cuchillada en el brazo de Catalina Douglas

armarse para su defensa, pues otro de los conspiradores se dejó caer en el mismo instante.

Era Roberto Græme, el más mortal enemigo del rey.

—¡Ha llegado mi última hora!—murmuró Jacobo, mirando fija y tranquilamente á su enemigo.—Pero á lo menos dejadme un momento para encomendar mi alma á Dios.

—¡Sí, ha llegado tu última hora!—exclamó Græme.—Y yo he sido fiel á mi palabra. Morirás á mis manos, y habré consumado mi venganza.

Así diciendo, retrocedió un paso, y saltando después hacia adelante hundió su acero en el pecho del rey, y éste cayó en tierra, mientras que los hermanos John, poniéndose en pie, cayeron á su vez sobre Jacobo y ensañáronse en su víctima.

La vista de aquel cuerpo sangriento impresionó de tal modo á Græme, que de buena gana hubiera huído de allí; pero sus secuaces le vigilaban por la abertura, y gritáronle que si no remataba al rey le costaría la vida. Había prometido la matanza á sus partidarios, y éstos se hallaban sedientos de sangre.

no, pero aun á tiempo para vengarle. Los asesinos, lanzándose fuera de la cripta, salieron del monasterio y dirigieron á las Tierras Altas.

Pero la venganza de la reina les perseguía y tenía un buen motivo para arrepentirse de que Græme hubiera separado del seno de la reina la punta de la daga que amenazaba su pecho.

Sus tropas emprendieron la más activa persecución, y exploraron con tal afán las montañas, que al cabo de un mes la mayor parte de los conspiradores fueron cogidos.

La reina era mujer noble y generosa como pocas; pero amaba á Jacobo con toda la pasión que se merecía. En su alma no cabía ya la compasión, y los tormentos que se aplicaron á los traidores, cuando se les hubo condenado, fueron verdaderamente crueles en aquella época de crueldades.

A Roberto Estuardo le arrancaron la carne del cuerpo con tenazas, y aun en medio de su espantosa agonía confesó que el castigo era merecido.

En cuanto á Græme, su tormento fué demasiado horrible para expresarlo con palabras, y antes de morir se le obligó á presenciar la ejecución de su hijo.

La reina había mandado lavar y embalsamar el cuerpo de su querido esposo, y sobre aquellos despojos mortales juró que no se le daría sepultura hasta que el último de los conspiradores hubiese pagado con la vida su nefando crimen.

La hermosa Catalina Douglas lloró tanto como la reina la muerte de Jacobo, y lamentábase siempre de no haber podido salvarle la vida á costa de su sangre y sus esfuerzos.

GUERRA A MUERTE

EPISODIO HISTÓRICO

PRIMERA PARTE.—LOS INDEPENDIENTES

(Continuación)

Entonces reflexionó profundamente, y de deducción en deducción vino á sacar en claro que la joven amaba á un hombre de condición inferior á la suya y que no se atrevía á confesar. Dijose que el general no consentiría jamás en un casamiento desigual, y se prometió explotar en provecho suyo las vacilaciones de Inés y las terquedades de su padre.

—El general,—murmuró entre dientes,—tiene puesta toda su confianza en mí: aprobará mis designios. Yo no soy noble, pero cuando los insurrectos hayan quedado aplastados pediré el título de conde ó de marqués, y espero que en razón de mis servicios se me concederá una alta situación en la sociedad. Aquel día el general me aceptará por yerno. En cuanto á la niña, no se acordará ya de Ignacio Valdés y se tendrá por dichosa con ser la mujer de un gobernador de provincia y aun quizás de un virrey.

Y engolfado en sus ideas de grandeza, el presidente de la Junta de Secuestros firmó tres sentencias de muerte y se retiró á sus habitaciones para dormir hasta el día siguiente, sin turbación ni remordimientos.

A la hora prescrita, Sánchez, acompañado de un piquete, se presentó en casa de Bustamante y reclamó á Tito. Joaquina respondió que ignoraba lo que se había hecho el negro. Harto bien instruido para proceder con violencia, Sánchez añadió que sentía muchísimo tener que obedecer á las leyes y que se veía obligado á conducir á la viuda al fuerte de San Felipe si por acaso no satisfacía D.^a Joaquina inmediatamente la multa.

—Sr. Sánchez,—dijo Bustamante,—me es imposible realizar de momento la suma que V. pide; pero salgo garante de D.^a Joaquina Montalvo, y mañana, á primera hora, se le pagará á V.

—Mis órdenes son formales,—respondió gazmoñamente el escribano,—y no puedo infringirlas sin incurrir en la reprensión de mis jefes.

Y á pesar de las protestas del alcalde, á pesar de las súplicas de algunos testigos de aquella dolorosa escena, Sánchez se llevó á Joaquina Montalvo, aunque sin maltratarla ni insultarla. Dos soldados sostenían á

la pobre mujer, que trataba de consolar á los presentes y decía á Bustamante:

—D. Jerónimo, confío siempre en su promesa. Tráigame V. noticias de mi hijo.

Apenas la viuda y su escolta desaparecieron en la esquina de la calle que conducía al puerto, cuando llegó el *Sandio* en compañía de Diego Ramírez. Como siempre, iba desarreglado, y el poncho que cubría sus hombros estaba salpicado de tierra y de fango. Dos plumas de cóndor adornaban su sombrero de paja.

Bustamante y Pérez de Jáuregui corrieron precipitadamente al encuentro del *Sandio*.

—Luis,—dijo el alcalde con sorda cólera,—todas las maldiciones del cielo caen sobre nuestras cabezas. No vayas más adelante. Tu madre ya no está en mi casa.

—La tiene presa Ignacio Valdés,—añadió Pérez.

El *Sandio* miró á sus dos interlocutores con una expresión de atontamiento que denotaba la apatía y la indolencia de su espíritu.

—¿Has oído, *Sandio*?—preguntó Diego Ramírez con voz trémula de emoción.

A esta interpelación del vaquero, Luis Montalvo colocó su frente entre sus dos manos: sus dedos crispados dejaron una huella violácea sobre su piel curtida. Durante tres ó cuatro minutos pareció experimentar angustias mortales y llamó en su ayuda todos los esfuerzos de una voluntad suprema para retener y fijar la razón que se le escapaba. Por fin, salió victorioso de aquella terrible crisis. Cuando levantó la cabeza, sus ojos se animaban, reflejaban la inteligencia, pero su rostro estaba horriblemente pálido.

—Mi madre está presa... ¿No es eso lo que me habéis dicho?—preguntó.

—Si,—respondieron Bustamante y Jáuregui.

—Diego Ramírez: ven,—replicó el *Sandio*.

Y sin añadir palabra se retiró, seguido del viejo vaquero.

—¿Qué tiene hoy ese niño?—preguntó Pérez de Jáuregui con alguna sorpresa.

—Pérez,—replicó el alcalde,—el niño acaba de transformarse en hombre. He leído en su pensamiento como en un libro abierto. Su odio contra nuestros opresores se ha reavivado más ardiente que nunca. Vengará á su madre.

El *Sandio* y Diego Ramírez cruzaron por Puerto Cabello sin responder á los saludos que les dirigían algunos colonos é indios perezosamente tendidos en el umbral de sus moradas. Después de haber franqueado las fortificaciones, se internaron por el campo y subieron la cuesta que conducía al campamento. Después oblicuaron ligeramente á la izquierda y se dirigieron hacia el desfiladero de Portachuelo. En menos de un cuarto de hora llegaron á una meseta árida, quemada por el sol, cubierta de asperezas rocosas, con el aspecto de las soledades que no alegra ninguna vegetación.

Desde aquel sitio, el golpe de vista era magnífico. Dominábase la ciudad, la rada, el vasto mar hasta los confines del horizonte, y la deslumbrante luz ecuatorial realzaba el brillo de aquel panorama espléndido.

El *Sandio* se sentó sobre una roca informe y pareció reflexionar. El vaquero le miraba con solicitud y respetaba su silencio. Trascurrieron algunos minutos sin que se cruzase una sola palabra entre los dos hombres. De repente se levantó el *Sandio*, cogió á Diego Ramírez por el brazo y le dijo:

—Me acuerdo... Aquí, en este lugar, fué asesinado mi padre. Yo estaba allí, abrazado á mi madre y no queriendo ver el cadáver sangriento tendido en tierra. Sí: me acuerdo de aquel día de angustia y de luto... Cuando oí la descarga que me dejaba huérfano, cuando oí las risas insultantes de los verdugos me pareció que se hacía en mí un gran vacío. Después la sombría visión se borró... no se me aparecía sino vagamente y como un sueño fugitivo, cuyo recuerdo conserva apenas la memoria...

—Dormías, *Sandio*, y ahora despiertas,—dijo gravemente Diego Ramírez.

—¡Oh! ¡Cuán cruel ha sido mi sueño!—repuso el *Sandio*.—¿Quién contará mis horas de mortales tristezas durante las cuales trataba yo sin tener conciencia de ello de explicarme mi degradación y los dolores de mi madre? Comprendía, sin embargo, que pesaba una fatalidad sobre mi cabeza... A veces la cólera me enardecía contra enemigos que yo no podía conocer y cuyos crímenes y cobardía no sabía precisar...

—Y ahora los conoces; conoces ya á los villanos y abyectos asesinos que mataron á tu padre. ¿Dejarás descansar tu odio?

—¡Oh rabia! ¡Verme solo y débil!

—¡Solo! ¡Somos legiones! Otros, además de ti, lloran también á sus muertos y quieren lanzarse sobre los tiranos. Cuando sonará la hora de la venganza se levantarán millares de brazos para herir...

—Diego, yo me hallaré entre los combatientes y me arrojaré en lo más encarnizado de la pelea.

—Eso es, Luis, eso es: prepárate á marchar hacia adelante. Ha llegado el momento de las resoluciones enérgicas... Los soldados de la Independencia son numerosos; esperan jefes para desafiar á los realistas opresores de América... Luis, todos los que no desesperan de la patria, todos los que han guardado en el fondo de su corazón el culto de la libertad se colocarán á tu lado... Y ahora ¡acuérdate!

—¡Ah! ¡Me acordaré, Diego! ¡En nombre de mi padre, inmolado por la tiranía, en nombre de mi madre, aherrojada por los tiranos en un horrible calabozo, juro no vacilar en el cumplimiento de mi venganza, juro dar toda mi sangre por el triunfo de la libertad y la liberación de mi patria!

—¡*Sandio*! ¡Te he oído!—dijo gravemente el vaquero.

SEGUNDA PARTE. —LOS INSURRECTOS

I

EL PUEBLO SE DIVIERTE

No cesaban de circular rumores de que Bolívar había desembarcado y se dirigía sobre Caracas á la cabeza de un numeroso ejército; de que las tropas es-

pañolas huían á la desbandada y de que en breve el *Libertador* se presentaría ante Puerto Cabello. Nada, sin embargo, se sabía con certeza.

Ignacio Valdés parecía más preocupado que de ordinario y redoblaba sus severidades para asustar á los colonos. Envió varias estafetas, una después de otra, al general Ródenas y esperaba su regreso con visible impaciencia. En esto volvió á comparecer en Puerto Cabello el capitán D. Esteban de Portalegre, procedente de Caracas.

Aunque el presidente de la Junta de Secuestros experimentase cierto despecho con la llegada del joven militar, los deberes del funcionario ahogaron en él las aprensiones del enamorado, y se encerró con el capitán para conferenciar extensamente sobre la situación, y, especialmente, sobre las medidas que había que tomar.

Nada se traslució de lo que hubiesen acordado. La misma noche Sánchez recorría las calles de Puerto Cabello, acompañado de dos tambores, y leía á la población, llena de asombro, un bando obligando á todos los habitantes, *sin excepción*, á celebrar el día 13 de marzo, aniversario de la salida de S. M. Católica del palacio de Valençay, y, por consiguiente, de su liberación después de un largo cautiverio. Ordenábase, so pena de multa ó de prisión, que todo el mundo se alegrase ó se divirtiese, á fin de ser tenido por leal y fiel vasallo.

Queriendo distraer, ó, mejor dicho, extraviar la opinión de sus administrados, y acordándose de que el *panem et circenses* había en parecidos casos desempeñado igual papel en Roma, Ignacio Valdés imaginó el pretexto de una fiesta para ocupar á los espíritus é impedirles que se interesasen en manifestaciones que temía. Algunos criollos habían querido protestar contra aquel abuso del poder que pretendía obligarles á divertirse á pesar suyo, pero D. Jerónimo Bustamante les disuadió de ello.

—No nos opongamos,—dijo,—á los caprichos de Valdés. Sin quererlo, secunda nuestros más secretos planes. Para reunirnos y ponernos de acuerdo con nuestros amigos de fuera hubiera sido preciso tomar grandes precauciones y exponernos á graves peligros, mientras que en medio del tumulto de la fiesta podremos vernos, entendernos y discutir nuestros proyectos sin despertar la menor sospecha.

Este cuerdo consejo fué escuchado.

Así, pues, el 13 de marzo por la mañana Puerto Cabello se despertó al ruido de las salvas de artillería: el castillo de San Felipe enarboló la bandera nacional. En la plaza Mayor de la ciudad los soldados habían plantado mástiles adornados de escudos, en los cuales inexpertas manos habían escrito en gruesas letras blancas: ¡*Viva el Rey*! De lo alto pendían gallardetes de tela multicolores que ondeaban blandamente al viento. En un rincón, un gran toldo, prestado por los almacenes de la marina, estaba sujeto al techo en dos *pulperías* vecinas para preservar de los abrasadores rayos del sol á los bebedores que deseaban festejar con libaciones la feliz «liberación» de Fernando VII.

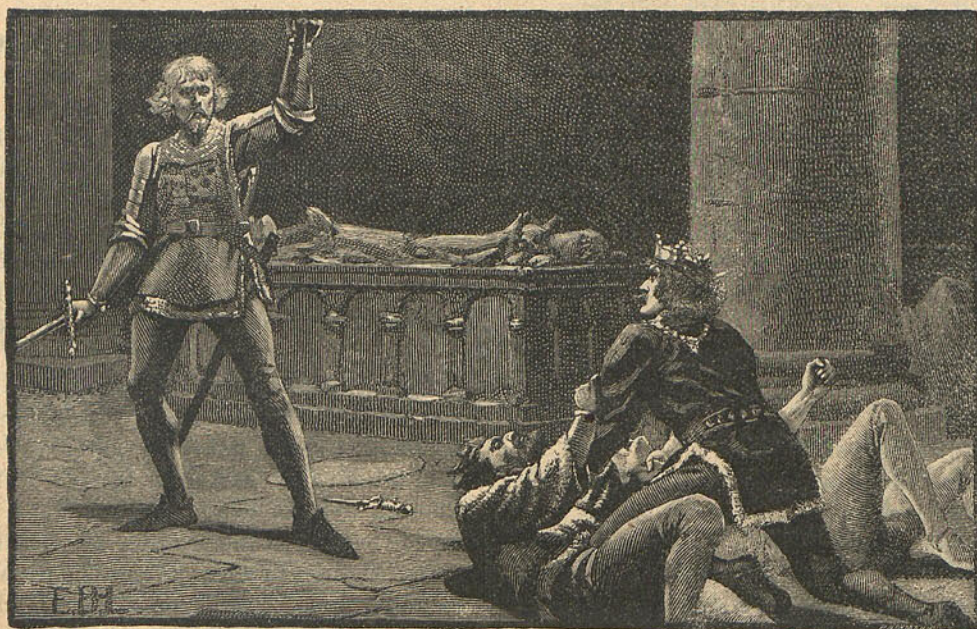
No era Puerto Cabello en aquel tiempo, como es hoy, una ciudad de negocios. Fundada por los españo-

les á principios del siglo xvii, no adquirió importancia hasta 1736, en cuya época estableció en ella sus factorías la Compañía Comercial de Guipúzcoa, á causa de la seguridad de su puerto. La palabra *Cabello* calificaba bien aquella seguridad extraordinaria en una costa donde los buenos resguardos marítimos son relativamente raros, pues se decía que bastaba un cabello para amarrar bien un buque.

Cuando los exorbitantes privilegios que habían labrado la fortuna de la Compañía de Guipúzcoa, empobreciendo á Venezuela, quedaron abolidos, Puerto Cabello pasó á ser plaza de guerra y residencia de una guarnición importante. Pagó caramente este honor, porque españoles é insurrectos la codiciaron siempre durante las guerras de la Independencia y la toma

recinto medio demolida, no podía resistir largo tiempo á un ataque bien combinado.

La mañana del 13 de marzo fué especialmente consagrada á los preparativos de la fiesta, porque nadie pensaba en divertirse bajo un sol que abrasaba la atmósfera. Pero después de la siesta, entre tres y cuatro de la tarde, las calles adquirieron cierta animación, y la Plaza Mayor de Puerto Cabello se llenó de la más abigarrada multitud. Al lado de los ciudadanos se notaban los estancieros de las cercanías, los colonos de Burburata, Paso Real, San Esteban y otros pueblos vecinos. Negros, extrañamente ataviados, se codeaban con indios de tez rojo oscura; mestizos de todos matices circulaban con la nariz en alto, con esa indolencia que caracteriza á las poblaciones ecuator-



EL CARNAVAL DE PERTH.—Cogiéndole de los hombros y derribólo en tierra

ron sucesivamente después de sangrientos combates.

Un brazo de mar, cegado después, dividía la población en dos barrios distintos. El uno contenía las oficinas de las administraciones públicas, las moradas de los funcionarios, un hospital ruinoso, almacenes, etc.; el otro estaba principalmente habitado por los colonos, las familias indígenas, y no poseía en materia de monumentos sino una iglesia bastante espaciosa, superada por un campanario de madera.

Cerca de los muelles se levantaba el fuerte de San Felipe, vieja construcción española, de aspecto sombrío y sensible, enlazada á tierra firme por medio de un puente levadizo defendido por cañones de grueso calibre, cuyas bocas enormes se veían desde lejos. Este castillo había servido muchas veces de prisión de Estado y recordaba su servitud á los hispano-americanos. Así, era objeto de odio, y más de un criollo amenazaba con el puño sus murallas espesas y formidables cuando no se creía vigilado. El castillo de San Felipe era la fortaleza más importante de Venezuela, y en 1816 pasaba por inexpugnable. Protegía á Puerto Cabello, que, con sus trincheras de tierra y su muralla de

riales. Soldados de rostro altanero é insolente miraban desvergonzadamente á las mujeres vestidas de percal de colores chillones, con los cabellos adornados con flores recientemente cortadas.

Notábanse también algunos llaneros llegados de la estepa de Valencia. Por su traje y su talante formaban, quizás, la parte más curiosa de aquella multitud abigarrada. Cubierta la cabeza con un pañuelo anudado detrás, el talle rodeado por un cinturón de cuero, pantalones de anchas piernas, remangados á menudo, botas casi como las de montar y rodeadas de correas que sujetaban enormes espuelas de cobre ó de plata, ofrecían una originalidad extraña.

Formáronse grupos acá y acullá. Poco á poco la animación, excitada por los tragos ingurgitados en las vecinas posadas, se hizo más ruidosa, más comunicativa. Bajo el toldo de la plaza se guarnecieron las mesas y se desataron las lenguas. En un rincón, Sánchez, rodeado de sus admiradores, con el bigote orgullosamente retorcido, el gesto bravucón, contaba sus proezas guerreras, que sobrepujaban de cien codos á las de los más ilustres capitanes, hasta que, convenci-

do de que había llegado el momento en que nadie le tomase ya por lo serio, levantó la sesión y se fué á contar á otra parte sus homéricas hazañas.

Por temor, más que por deseo de divertirse, los hispano-americanos tomaban parte en la fiesta, á fin de no ser acusados de tibieza hacia la persona del rey de España. Circulaban por grupos, se detenían aquí y allá, mirando á algún indio que ejercía su destreza disparando con el arco sobre los pájaros que pasaban á tiro de flecha, ó bien para hablar entre sí de cosas indiferentes, pues temían expresar libremente sus pensamientos.

(Se continuará)

de un buque de alto bordo estrellado contra un arrecife... No se ve señal de alma viviente... ¡Cuántos habrán perecido! ¡El terror paraliza los miembros del superviviente!... ¿Qué será de él?...

Allá va la nave.
¡Quién sabe dó va!

COURJON, EL CAZADOR DE TIGRES

Había, no hace muchos años, en la India un cazador de tigres, célebre entre todos, llamado Edmundo Courjon; tan célebre, que sus hazañas igualaban, si es



Solo en el mar

SOLO EN EL MAR

Había salido la pobre barca tripulada por cuatro hombres para ir á la pesca, ya que de no ir, ¿cómo dar el pan á la familia? Nada hacía presagiar, sin embargo, que amagase ningún peligro. La barca se hizo á la mar, y empujada por el viento acabó por perder de vista la risueña costa. De pronto empieza á rugir el viento, cúbrese de pardas nubes el cielo, mugen las olas, encréspanse y se desata horrorosa tempestad. Lúgubres gritos resuenan en el espacio, mientras la procelaria lanza su fúnebre graznido y revolotea entre los revueltos torbellinos de las aguas. Un golpe de mar arrebató á dos hombres de la barca: no tarda otro en ser arrastrado al abismo al perder pie... Sólo queda uno de los infelices pescadores. Él solo debe atender á toda la maniobra. El huracán arrebató la barca como si fuera débil pluma. El pobre marinero no cesa de rogar á Dios y de pedir la intercesión de la Virgen. De pronto presencian sus ojos un horroroso espectáculo. Asomando entre las olas ve el bauprés

que no excedían, á las del famoso Gerard, universalmente conocido por el *cazador de leones*.

Descendía Courjon de una familia francesa que en 1793 emigró á la India. El padre, después de haber servido al maradjah de Tipperah, se estableció en un territorio vecino á dicho estado, donde adquirió inmensas propiedades, que, gracias á sus cuidados, se transformaron luego en un patrimonio esplendísimo. Dicho señor envió á Francia á sus dos hijos, Edmundo y Eugenio, para que recibieran allí esmerada educación, y deseoso de descansar de sus fatigas fué á establecerse en Chandernagor. De vuelta Edmundo á la India, hizo su padre que entrara en un escritorio de la capital en que vivía; pero sintiéndose el joven poseído de irresistible afición á las aventuras cinegéticas, abandonó el comercio y fué á residir en sus propiedades de Tipperah, resuelto á ser el Atila de los tigres reales, pante-ras, búfalos, boas, caimanes y demás alimañas que asolaban dicha región.

M. Courjon, padre, previendo lo que iba á suceder, dió orden de que no se le facilitase al joven Nemroth

ningún elefante, sin cuyo concurso es casi imposible la caza del tigre, pero no por eso dió el brazo á torcer Edmundo, pues se fué con los indios *Ryotes*, que saben capturar aquellas fieras sin necesidad de proboscídeos, valiéndose, en cambio, de trampas, lazos, etc. Con todo, no le gustó tal *sistema*, y, gracias á su elocuencia, consiguió convencer á unos cuantos *Ryotes* á que le siguieran para cazar tigres á la espera.

No faltaba caza en la provincia de Tipperah; en tanto número, que no habían dejado los tigres en los bosques quien pudiera contarlos: ciervos, alces, axis, todo animal de pelo sucumbía á las garras de los carniceros, y á falta de selváticos vecinos no temían los tigres salir á los campos cultivados y atacar á los bueyes y carneros, si es que no topaban con algún pobre campesino. Como llovido del cielo, fué, pues, á parar Courjon en medio de aquellos atribulados colonos, que, sabiendo sus intenciones, poco faltó para que le adoraran como un dios.

Así que un labrador había sido víctima de algún desaguisado nocturno cometido por los tigres, salía de mañanita para seguir las huellas de la fiera, regularmente muy visibles, pues consistían en piltrafas del animal que había arrebatado. Súpose la llegada y las intenciones de Courjon, y desde entonces puede decirse que formaban cola delante de su casa los que iban á implorar el fuerte socorro de su brazo para que les librara del enemigo, señalándole con todos sus pelos y señales la guarida en que el tigre había depositado los restos del festín para volver por ellos. Y no se hacía de rogar Courjon: salía al momento á reconocer la madriguera, y estaba seguro de que á puesta de sol el tigre volvería allí para acabar de consumir los restos del festín. La cuestión estaba ahora en averiguar por qué camino tomaría el tigre, á fin de no encontrarse en él, pues de suceder así, podía darse por muerto el cazador. Y, en efecto, nadie puede descubrir la presencia de un tigre ni aun á dos pasos de distancia: tan silenciosa es su marcha y tan ágiles sus movimientos.

Todos sabrán cuenta es la ferocidad del *tigre real*. Pues bien: para cazarle á la espera, en lo más espeso de un jungle, no hay que darle tiempo ni de ver, ni de oír, ni siquiera de olfatear la presencia de su atrevido enemigo. Es menester esperarle camino de la guarida donde irá para acabar de consumir la ración que allí dejó y tirarle al momento y matarle, pues si se le hiere solamente, puede darse por perdido el cazador. No hay término medio en esa montería: ó se mata, ó se muere.

Pues bien: Courjon mató de esta manera más de seiscientos tigres, sin tener que deplorar nunca la menor contrariedad, como no sea la siguiente, que refiere uno de sus numerosos biógrafos: «Una vez,—dice,—no compareció el tigre que se esperaba; pero nuestro cazador tenía tanta perseverancia como valor: había dado su palabra á unos pobres labradores de que los libraría de aquella plaga y estaba resuelto á no faltar. Sin embargo, pasaba el tiempo, y el tigre no volvía, y se acercaba ya la media noche. Courjon dijo entonces al indio que le acompañaba: —Me caigo de sueño. Voy á dormir: vela, y si oyes algo, avisa.—Echóse sobre la yerba y pronto quedó entregado en

brazos de Morfeo. Al cabo de una hora de profundo sueño se siente bruscamente despertado por un tirón que le da en la pierna su acompañante. Había éste oído un roce sospechoso en el follaje vecino y dado silenciosamente aquella señal. Courjon abre los ojos y no hace el menor movimiento con el cuerpo: á algunos pasos ve relucir en la oscuridad dos ojos inflamados que le miran fijamente. Alarga con cuidado el brazo y coge la carabina; pero á pesar de las mayores precauciones ocasiona un ligero ruido. El tigre podía arrojar-se sobre él y estrangularle antes que hubiesen tenido tiempo para hacer otro movimiento; pero, felizmente, el tigre no era comedor de hombres, y aunque molesto en una ocupación de primer orden para él, como era la de cenar, hizo ademán de retirarse. Entonces Courjon, más vivo que el rayo, apunta y dispara. La fiera, herida en la raíz del cuello, cayó tiesa.»

Otro día daremos cuenta de las gloriosas cazas que hizo Courjon así que su padre le regaló un magnífico elefante.

EL BRUJO INDIANO

Era Madari un pobre diablo de brujo que en pago á los muchos prodigios que operaba sólo recibía palos, malos tratamientos é insultos por parte de sus compatriotas, hasta que aburrido se pasó á los ingleses durante la terrible guerra del 57, de cuyas resultas dejó de explotar aquel imperio la famosa Compañía, dándose una nueva organización al país.

Quiso la mala suerte de Madari que cayese un día, cerca de Lucknow, en poder de una partida de insurrectos, compuesta de indios, sectarios unos del Corán y otros de Brahma. Gente toda ella llena de ferocidad y altamente resentida con Madari, no fué de extrañar que al verse éste en poder suyo se diese por perdido. Metiéronle por de pronto en una choza de bambús, y al ser de día se le condujo ante un tribunal formado por el generalísimo Azim Mollah y sus principales capitanes.

No tardó Madari en advertir cerca de allí una gran jaula, con dos compartimientos: vacío uno de ellos, ocupado el otro por un soberbio tigre de Bengala. Con la notable particularidad de que en vez de ser las listas transversales eran longitudinales. Nadie reparó en la viva llama que cruzó por los ojos del insultado preso.

Azim Mollah, encarándose con el desventurado hechicero, le dijo:

—*Manti*, vas á pagar tus traicioneras artes. Ya vez el *bagh* que hay encerrado ahí dentro: es un comedor de hombres como no haya otro. Ya sé que tu miserable esqueleto no le proporcionará muy succulenta ración; pero has de saber que hace dos días le tengo en ayunas, pensando en ti. Vamos á ponerte cara á cara con él, y te proclamaremos rey de los Samanes, y te soltaremos, si el señor tigre se digna acceder á ello, es decir, si consigues, mediante una conversación llena de encantos, á hacerle olvidar la cazuza que hasta ahora parece atormentarle tan vivamente.

Todos los presentes acogieron con grandes risotadas las palabras del generalísimo.

Y para que al pobre brujo no le cupiese duda de lo que decía, el mahometano hizo que se acercasen á la jaula dos soldados, á cuya vista lanzó el felino un aullido ronco y se precipitó sobre los hierros, alargando sus garras hacia fuera y distendiendo horriblemente sus fauces.

—Ya ves que tiene apetito,—dijo Azim.—Pero, hombre, ¿no tendrás otra cosa que darle sino tus huesos? Sería lástima que esa bestia sufriese un desengaño.

Madari no respondió nada.

Manteníase con la cabeza inclinada sobre su desnudo pecho, cubierto por su larga barba blanca. Solamente que en aquel silencio austero de la víctima comprendieron todos que había una profunda y ferviente plegaria.

Azim levantó la mano.

Hízose subir á Madari, con auxilio de una escalera, sobre la jaula, cuya trampa fué abierta, y por ella bajaron los soldados al infortunado *manti*, á fuerza de brazos, al departamento que había quedado vacío.

Entonces un hombre, que había permanecido sobre el techo de la jaula, levantó el pesado plafón que formaba el tabique entre los dos compartimientos.

Habíansele quitado las ligaduras al preso para gozar mejor de los esfuerzos de resistencia que opondría al terrible animal.

Al oír rechinar el plafón, el tigre había dado señales de la más viva impaciencia. Habíasele visto saltar sobre el tabique, que se levantaba con cruel lentitud, apoyar en él sus patas delanteras, irguiendo en toda su belleza su gran cuerpo leonado, y después, agachándose sobre el suelo, alargar su hocico estremecido hacia la hendidura que iba ensanchándose. Cosa extraña: á medida que iba alzándose el tabique parecía calmarse la agitación del tigre. Tanto, que cuando el plafón desapareció enteramente, se vió al *bagh* inmóvil, sentado en la orgullosa posición de una esfinge y no pareciendo curarse en manera alguna de buscar pasto.

¡Qué imponente cuadro aquél, lleno de solemne majestad! Madari, de pie, con los brazos en cruz, y los ojos levantados al cielo, no había cesado de rezar. Tal entre ser, en la cueva de Babilonia, el profeta Daniel debía los leones.

De pronto el tigre se levantó, desperezóse lentamente, y luego, con paso ondulante y tranquilo, fué á lamer los pies del viejo brujo. Y como éste no parecía poner atención en ello, el animal, con toda suerte de atenciones delicadas, como hubiese hecho un perro con su amo, se irguió sobre sus patas traseras, y colocando las de delante sobre los hombros del *manti*, que cedía bajo su peso, paseó su lengua rugosa sobre la cara y el pecho del anciano. Solamente entonces pareció Madari responder á las demostraciones cariñosas del felino.

Inclinóse sobre él á su vez, acarició su bella cabeza con su mano, y en seguida, volviéndose á la multitud, maravillada y llena de religioso terror, exclamó:

—¡Hombres! Este tigre me acaricia y me acoge. Cumplid vuestra promesa. Sacadme de aquí. En cuanto á mí, me llevo en mi compañía á mi amigo y huésped.

Los indios aclamaron ruidosamente á Madari.

—El *manti* es caro á Kalee. El *bagh* lleva el alma de Kalee en sí.

Pero no eran ésas las cuentas que se echaba Azim Mollah. Y, por lo tanto, respondió:

—Bueno: pues si el *bagh* lleva en sí el alma de Kalee debe estar hecho á prueba de balas, ya que no lo haya estado á prueba de lazos y de trampas. Coged los fusiles y disparad. No echaréis á perder su piel, puesto que el plomo no le tocará.

Aplaudieron los mahometanos, pero los indios brahmanes protestaron á voz en cuello.

—¡Suéltale! ¡Le has dado tu palabra! ¡Has de cumplirla!

Inmutóse Azim, pero contando con los mahometanos decidió pasar adelante. Quiso Dios, empero, que no pudiera llevar á cabo su mal designio. En aquel mismo instante, y mientras Madari seguía encerrado con el tigre, arrojóse inesperadamente, semejante á una tromba de hierro, sobre el campamento de los insurrectos un regimiento de caballería inglés que puso en dispersión á los rebeldes.

No fué poca estupefacción la de los soldados de la Gran Bretaña al ver el espectáculo asombroso que ofrecían en la jaula aquel hombre y el tigre. Por orden del coronel, subió un soldado á lo alto de la jaula, y, aprovechando la oportunidad de retirarse el tigre á un rincón, dejó caer el tabique divisorio, y así pudo salir sano y salvo el pobre Madari de su terrible encierro.

EL SOLDADO Y EL VAMPIRO

CUENTO RUSO

Un soldado había obtenido licencia para volver á su casa; púsose en camino, y al fin llegó muy cerca de su pueblo natal. No lejos de éste había un molino cuyo dueño había sido en otra época íntimo amigo del soldado, y por lo tanto quiso éste hacerle una visita. El molinero le recibió cordialmente, obsequióle lo mejor que pudo, y los dos pasaron el rato bebiendo y contando su vida. El soldado no echó de ver como pasaba el tiempo: así es que oscureció antes de que pensara en marcharse.

—Vamos,—dijo,—despidámonos, porque me urge llegar al pueblo.

—Más vale que pases aquí la noche, amigo, pues ya es muy tarde y te podría suceder algo.

—¿Qué me ha de suceder?

—Dios nos está castigando. Un brujo temible ha muerto en la comarca, y por la noche sale de su tumba, vaga por el pueblo y comete tales fechorías, que hace temblar á los más audaces. ¿No te espantaría encontrarle?

—Nada de eso: un buen soldado no debe temer ni el fuego ni el agua, y, de consiguiente, me voy, porque tengo vivos deseos de ver á mi gente lo antes posible.

Así diciendo, dispidióse y emprendió la marcha. Debía pasar junto á un cementerio, y al llegar á él vió brillar como una inmensa hoguera en una tumba,

—¿Qué será eso?—murmuró.—Voy á satisfacer mi curiosidad.

Al acercarse vió al brujo sentado junto al fuego y cosiendo unas botas.

—¡Hola, buen amigo!—gritó el soldado.

Miróle el brujo y contestó:

—¿Por qué has venido aquí?

—Deseaba ver lo que hacíais.

El brujo dejó su trabajo y añadió:

—En el pueblo se celebra una boda: vente conmigo, hermano, y nos divertiremos.

—Vamos allá,—contestó el otro.

Muy pronto llegaron á la casa donde se celebraba la boda y se les obsequió generosamente; pero el brujo, después de beber copiosamente, dejóse dominar por la cólera, arrojó de la casa á todos los convidados, aletargó á los novios, cogió dos redomillas y un punzón, atravesó con éste las manos de los novios y llenó aquéllas de sangre. Hecho esto, dijo al soldado:

—Ya podemos irnos.

Y salieron.

En el camino, el soldado preguntó al brujo para qué había llenado de sangre las redomillas.

—Para que los novios mueran. Mañana por la mañana nadie podrá despertarlos, pues yo solo sé cómo devolverles la vida.

—¿Y cómo se haría?

—Es preciso practicar á los dos un corte en los talones y verter en este corte un poco de su propia sangre. Yo tengo la de la novia en la redomilla que guardo en el bolsillo derecho y la del novio en la que está en el izquierdo.

El soldado escuchó sin perder una palabra, y después el brujo continuó haciendo alarde de lo que podría hacer.

—Supongo,—dijo el soldado,—que será imposible haceros seguir mejor camino, ó reduciros á la impotencia.

—Nada de eso: bastaría encender una hoguera con cien cargas de madera de álamo y quemarme allí; pero el que lo hiciera debería andar listo, porque de mí saldrían culebras, gusanos y otros reptiles, y si no se cogieran todos, arrojándolos al fuego, yo me salvaría: sólo con que se escape uno basta para ello.

El soldado escuchó atentamente, sin que luego se le olvidase.

Poco después llegaron á la tumba, y entonces el brujo dijo á su acompañante:

—Ahora te haré pedazos, porque si no contarías todo lo que acabas de oír.

—Eso ya lo veremos,—contestó el otro.—Yo sirvo á Dios y al emperador.

El brujo se precipitó contra el soldado; pero éste, desenvainando el sable, defendióse valerosamente. Sin embargo, hallábase ya al cabo de sus fuerzas y creíase perdido, cuando de pronto un gallo cantó, y entonces el brujo cayó inanimado en tierra.

El soldado se apoderó de las redomillas y alejóse presuroso hacia la casa de sus parientes, quienes, después de felicitarle por su llegada, preguntáronle si había sabido alguna novedad.

—Pues ¿qué ocurre?—preguntó.

—Que un brujo está cometiendo herejías en el pueblo.

A la mañana siguiente el soldado fué á la casa que había visitado con el brujo la noche anterior y encontró la familia llorando amargamente.

—¿Qué tenéis?—les preguntó.

Los padres refirieron lo que había sucedido.

—Tranquilizaos,—repuso;—yo devolveré la vida á los recién casados.

Siguiendo las instrucciones del brujo, el soldado hizo resucitar á los jóvenes; después dirigióse á casa del alcalde, hizo reunir á todos los campesinos para que llevasen cien cargas de madera de álamo; encendióse una inmensa hoguera en el cementerio, sacaron de su tumba al brujo para arrojarle en el fuego, y alrededor de éste formóse un círculo de hombres y mujeres, armados de escobas y tenazas. Poco después el brujo comenzó á quemarse: su cuerpo reventó y de él salieron culebras, gusanos y toda especie de reptiles; pero los campesinos los volvieron todos al fuego, sin permitir que se escapara uno solo. De esta manera quedó consumido el brujo, y el soldado, reuniendo las cenizas, arrojólas al viento. Desde aquel día todo el pueblo vivió en paz.

L. C.

VARIEDADES

EL GENIO DEL ANUNCIO

El célebre Barnum dijo un día que con un millón gastado en anuncios vendería por valor de dos millones de cualquier cosa.

No era tonto y sabía por experiencia que de cada cien personas, noventa por lo menos no piden otra cosa que dejarse llevar. Por lo demás, él mismo puso su precepto en práctica y fué la prueba viva de lo que afirmaba.

No sé cuantas veces hizo una fortuna, y aun la haría otra vez si la muerte no hubiese venido á poner fin á sus reclamos y á sus exhibiciones.

Como él, los grandes comerciantes, los grandes industriales, todos aquellos que se puedan llamar con justo título los príncipes del reclamo, no deben generalmente su gran fortuna sino al atrevimiento con que han empleado este procedimiento comercial.

El ejemplo más típico que puede citarse en apoyo de este aserto es el de Holloway, el más célebre mercader de píldoras purgantes que ha existido en el mundo.

Cuando empezó tenía justamente cincuenta pesetas. Con la mitad de esta suma compró cajitas de cartón, acíbar y mandó imprimir algunas etiquetas. Con la otra mitad se fué al *Times* y ajustó cinco inserciones de un anuncio ensalzando la bondad de su producto.

Hecho esto esperó la clientela.

A medida que algún nuevo comprador entraba en su tienda, Holloway llevaba á los periódicos el nuevo ingreso.

De esta manera llegó poco á poco á consagrar anualmente 800,000 pesetas á su publicidad.

Cuando murió, sus 50 pesetas le habían producido 50 millones.

El anuncio sirve para todo. No hay producto, por malo que sea, que no lo haga vender. No tiene igual para transformar los defectos en buenas cualidades. Si con el tiempo se deteriora ó sufre algún cambio de aspecto una mercancía ya conocida, basta, para acostumar al público á ella, anunciarla atrevidamente

acostumbrados? La dificultad quedó presto zanjada. Algunos días después, todos los periódicos publicaban el siguiente anuncio:

PÍDASE EN TODAS PARTES

EL CHOCOLATE X...

Único que encanece al envejecer



EL CAZADOR DE TIGRES.—Alargó dulcemente el brazo y cogió el arma

como el resultado de un perfeccionamiento en su fabricación.

Un día, los encargados de una gran fábrica bien conocida de los aficionados al buen chocolate fueron á anunciar á su director que una gran cantidad de chocolate recientemente elaborado había adquirido un color blanquecino que, según ellos, le hacía impropio para el consumo.

El director examinó el chocolate, lo analizó y se convenció de que era de buena calidad. Pero ¿cómo imponer á los compradores de un color que no estaban

Aquello fué un triunfo. En lugar de perder muchos cientos de miles de pesetas, el director ganó quinientas mil.

Con mucho menos se hubiera convencido, si ya no lo estuviera, de la influencia del reclamo sobre el público.

Los americanos, que parecen tener el genio del anuncio, son maestros consumados en el arte de servirse de la publicidad de los periódicos. En este género no tienen rival y es imposible enumerar sus obras maestras.

La más reciente, ya que no la mayor, es una publicada en el periódico de Nueva-York *The Sun*, y que traducida al castellano ha dado la vuelta por todos los periódicos de España.

En catorce líneas, el práctico yankee pone en conocimiento del público la muerte de su mujer, el nacimiento de un hijo, la necesidad de una nodriza, su deseo de volverse á casar, la edad y dote apetecidas, su clase de comercio, una liquidación á cualquier precio, un cambio de domicilio, la construcción de una casa y los pisos por alquilar.

¡Diez anuncios en uno solo! ¡Un colmo completo!

HISTÓRICO

A lord Rozend, miembro de la Cámara de los Pares de Inglaterra, se le presentó un día su sastre, al que debía una cantidad crecida, representada por un recibo, que nunca conseguía hacerse pagar.

Como la víspera su señoría había perdido al juego una gruesa suma, que pagó en presencia del sastre sin deliberación, éste se extrañó por la diferencia que su deudor establecía en su perjuicio.

—He pagado una deuda de honor,—le respondió el lord.

—¿En qué, milord, consiste una deuda de honor?

—En estar basada sobre la palabra, y que no puede ser exigida por ningún documento.

—Gracias, milord: á partir de este momento, yo no tengo nada que reclamarle.

Y, hablando así, rompió el recibo.

Al día siguiente el sastre fué pagado.

DOS POTENTADOS ASIÁTICOS

Dos potentados asiáticos visitarán dentro de pocas semanas las principales ciudades de Europa: uno es el emir de Bokhara y el otro el khan de Khiva.

El primero gasta un traje que llamará grandemente la atención por su riqueza fantástica: es una túnica de terciopelo rojo ladrillo, cuajada de pedrería, entre la que sobresale un solitario del grueso de un huevo de paloma que sirve de centro á la condecoración de la Estrella de Bokhara.

El emir viaja con su primer ministro, vestido con tanta riqueza como él y que había sido antes su cocinero.

El khan de Khiva gasta un traje menos suntuoso pero más guerrero, y hace un año fué víctima de una aventura ruidosa.

Hallándose en Moscou, con motivo de la coronación del czar, conoció á una judía realmente bellísima, pero de historia bastante agitada. El soberano asiático se enamoró, como un bruto, de ella; y tanto pudo la judía, que el khan se la llevó á Khiva resuelto á llevarla al trono y á concederle prerrogativas extraordinarias en el mundo oriental. Su proyecto no llegó á tener realización; pero no fué culpa suya, sino de la hebrea.

La futura soberana se fugó una noche en compañía de las joyas de la corona y de una gran cantidad de khalats de seda bordados de pedrería.

Desde entonces, el khan, desengañado de las mujeres, se ha dedicado al cariño de su hija, que es jorobada.

EL CULTIVO DE LA GOMA

Los pasos más importantes para el cultivo de la goma son los que se están dando hoy bajo los auspicios del gobierno británico en sus posesiones de la India. El gobierno británico está en situación de poder esperar largo tiempo para obtener pingües productos, que con seguridad tiene y recogerá de sus plantaciones y tierras reservadas para bosques. Es indudable que se repetirá lo que tienen experimentado sus agentes con el cultivo de las cortezas que producen la quinina, las cuales solamente se encontraban antes en el Perú y se han aclimatado ya en las colonias británicas del Oriente, con el resultado de bajar el precio de esta droga en todo el mundo.

Para este experimento fué necesario, sin embargo, trabajar veinte años antes de obtener el primer resultado lucrativo. El cónsul general de los Estados Unidos, Mr. Merrill, escribe de Calcuta reproduciendo lo dicho por el doctor George King, superintendente de los Jardines Botánicos Reales, de que espera que dentro de un período razonable haya un decidido aumento, efecto de la protección en los árboles de la goma dentro del territorio británico; pero al mismo tiempo, Mr. Gustav Mann, el conservador de bosques, está igualmente convencido «de que es seguro que va á disminuir la producción natural de este país.»

La única plantación de algún tamaño que en la India haya tenido buen éxito hasta ahora, está en el distrito de Durany de la provincia de Assam. Su área es ahora de 1,538 acres y los árboles están creciendo con gran lozanía. Desde el momento en que no se cree que es prudente calar los árboles de que tengan veinticinco años, no se puede hacer aún cálculo ninguno sobre cuál será el producto; pero como se dice que se han extraído anualmente de un árbol de 40 á 80 libras de goma sin que sufra daño, cualquiera puede hacer sus cálculos sobre el resultado de los experimentos gubernamentales.

TEMPERATURA DEL SOL

Las numerosas tentativas hechas para determinar la temperatura del sol vienen dando resultados que no pueden ser más discordes, pues las cifras han variado entre 1,500° y 5.000,000°, que acusan errores de cálculo bastante sensible... para sus autores.

Sin embargo, siendo el método constantemente empleado para semejantes cálculos el mismo, el de Pouillet, semejantes diferencias debieron derivar y derivaron de las distintas leyes teóricas admitidas para relacionar la radiación de los cuerpos luminosos con su temperatura.

La ley de Dubouq nos da 1,500°; 10,000° la de Rose-lló; la de Newton millones de grados.

Pues bien: ahora tenemos que, según los trabajos practicados é investigaciones de M. de Chatelier, la

temperatura efectiva del sol es de 7,600 grados, entendiéndose por temperatura efectiva la que tendría un cuerpo cuyo poder de emisión fuese igual á la unidad, que enviase radiaciones de la misma intensidad que el sol. Pero la temperatura de la fotosfera es superior, porque una parte de sus radiaciones es detenida por la atmósfera solar, cuyo calor es menos intenso.

NOTICIAS

Un castaño aristócrata.

En la actualidad forma parte del modesto gremio de vendedores de castañas de París nada menos que un noble de ilustre alcurnia.

Reynaldo de H., marqués de J., era dueño de una pingüe fortuna, de una figura distinguida y de uno de los títulos nobiliarios más antiguos de Francia.

Aficionado á las aventuras amorosas y terco para conseguir en ellas éxito feliz, rayaba á veces en lo *ex-céntrico* para conseguirlo.

Se enamoró perdidamente de una muchacha preciosa, Rosa Lyons, que desde el principio mostróse desdenosa con el aristócrata.

Entonces, y al ver la resistencia de la joven, se le ocurrió al marqués una idea original.

Alquiló la tienda de un vendedor de castañas, situada en el portal de la casa-habitación de Rosa, y todas las mañanas le vendía un cuarterón de dicho fruto.

Las castañas hicieron más efecto que las perlas, rubies y diamantes que antes había rechazado.

Una semana continuó la resistencia; pero, al fin, el enemigo logró apoderarse de la plaza, saliendo el vencedor con su conquista para el extranjero.

Pasado algún tiempo, el juego y los caprichos de Rosa arruinaron al marqués, que regresó á París con sólo la suma necesaria para alquilar el puesto del castaño, que antes ocupó por humorismo y en el cual se gana hoy la vida como cualquier otro industrial del barrio.

Salvado por la bicicleta.

El reverendo Tshe, misionero protestante de Uganda, viajaba en una bicicleta por el camino de Usombere, cuando oyó un ruido espantoso muy cerca y delante de él.

Creyó que se iba á meter entre una manada de antílopes, y quiso volverse atrás con su vehículo; pero la velocidad que llevaba le impidió pararse tan pronto como deseara.

Entonces, y haciendo de necesidad virtud, aceleró más la carrera, lanzándose en la dirección del ruido terrorífico.

¡Júzguese cuál no sería su sorpresa al encontrarse ante dos gigantescos leones que al ver el extraño aparato de locomoción se dieron á la más vergonzosa de las fugas!

Bien puede encender una vela á Santa Bicicleta el respetable protestante.

Recientemente se han practicado experimentos sobre la rapidez con que puede hacerse el cambio de telegramas entre Nueva York y Londres.

Un mensaje enviado desde la primera á la segunda de dichas capitales fué contestado á los cuatro minutos de ser expedido.

Sin embargo, es preciso decir que éste ha sido un caso excepcional, pues ordinariamente los cambios tardan un tiempo mucho más considerable.

El *Electric Review* de Nueva York dice á este propósito que todos los días, entre las diez y las doce de la mañana, el número de telegramas cambiados en esta línea trasatlántica es el de novecientos, por término medio; razón bastante para que la rapidez de transmisión ordinaria no alcance semejante velocidad.

Mr. Hirth da curiosos pormenores sobre el estado de la misión católica africana de Uganda. Dice que los fieles no pueden tener entre sí comunicación fluvial, porque los protestantes de Sesé han cogido todos los barcos; que la terrestre es igualmente imposible, porque incesantes lluvias han encharcado todo el terreno. Los catecúmenos abrazarán necesariamente la herejía, que por una parte los halaga y por otra los tiene sitiados. El espíritu religioso dura; pero sin alimento ni estímulo alguno. Todos los pueblos idólatras se reúnen en torno de los sectarios, y en su día caerán juntos sobre los católicos. La diplomacia tiene olvidado este asunto, porque no se atreve á hostilizar á los ingleses. Basta, para formarse idea de este horroroso cuadro, con las anteriores pinceladas.

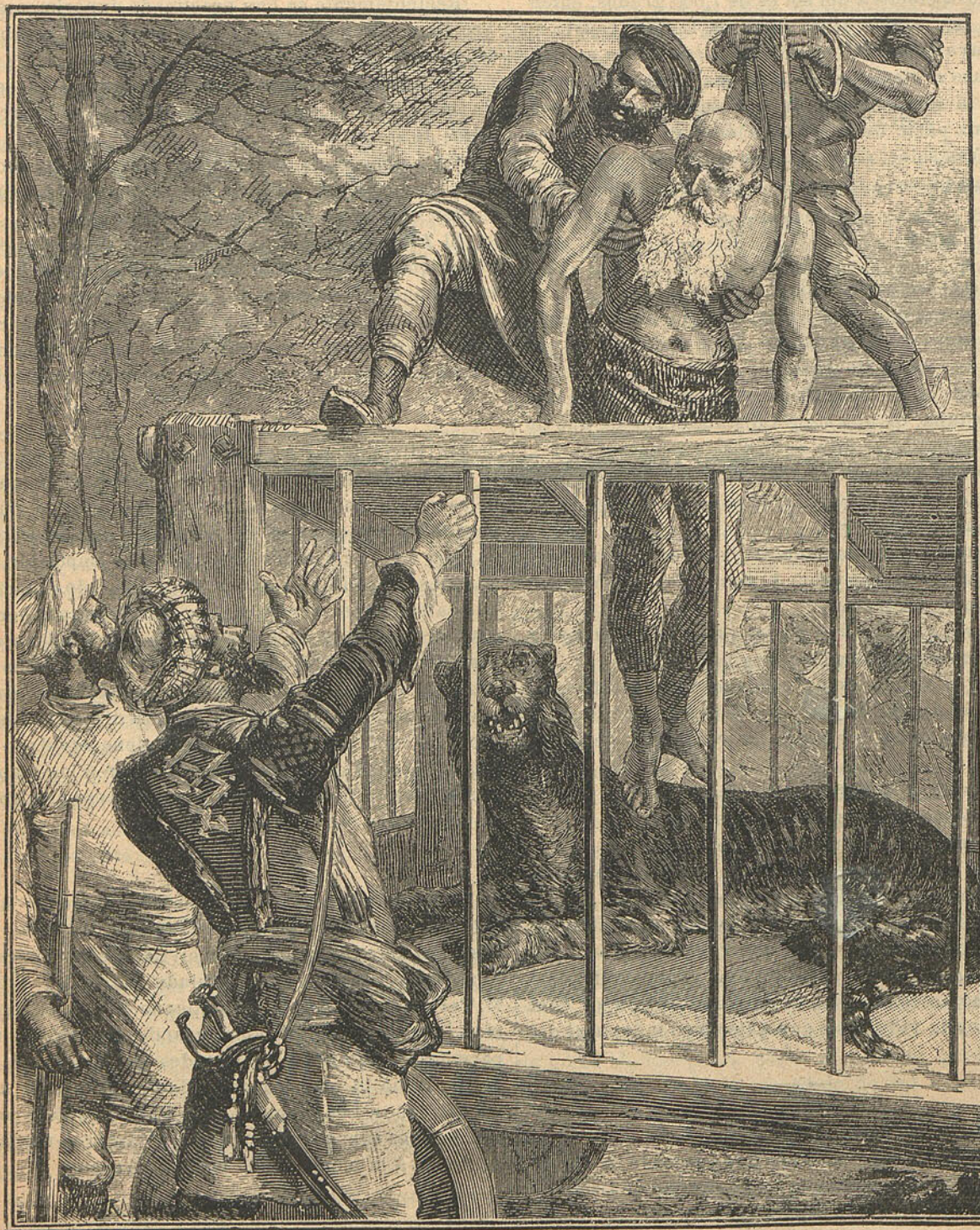
Se ha inaugurado el monumento erigido en honor del gran misionero africano Cardenal Massaia, asistiendo al acto las autoridades civiles y eclesiásticas de Frascati y presidiendo el prelado inglés Mr. Stonor. M. Carini, bibliotecario del Vaticano, pronunció la oración fúnebre, describiendo á grandes rasgos las predicaciones, los viajes y las virtudes del Cardenal, que era en Italia la primera autoridad científica en asuntos africanos. Los alumnos de la Propaganda depositaron coronas sobre el monumento y cantaron un himno dedicado á la memoria del modesto Apóstol.

El presbítero M. Teodoro Delmont, profesor de la Universidad Católica de Lyon, ha publicado un libro juzgando á Juan Jacobo Rousseau con nuevos conceptos y puntos de vista. Para M. Delmont, el autor del *Contrato social* no fué otra cosa que un vagabundo y un aventurero.

UNA ANÉCDOTA

M. Musany acaba de publicar un curioso libro titulado: *La Enseñanza de la Equitación en Francia*.

Expone el autor, en el primer capítulo, su convencimiento respecto á la inutilidad de las obras teóricas y dice:



UN BRUJO INDIANO.—Bajáronle á la jaula

«Un autor, cuyo libro acaba de aparecer, ha puesto al frente la siguiente dedicatoria: *«A mis profesores los caballos»*. Esta ocurrencia me ha recordado una anécdota que oí contar, siendo niño, á un profesor del Liceo Bonaparte.

»Los alumnos de una de las cátedras habían tomado la costumbre de hacer muecas á su profesor y divertirse á costa suya, con mil farsas, á cual más irrespetuosas. Un día se apoderaron de un asno, perteneciente á

una vendedora de frutas, y le hicieron entrar en la cátedra poco antes de llegar el profesor.

»Cuando éste entró, se encontró al burro ocupando su silla y sus alumnos fingiendo que escribían al dictado.

»El profesor, sin turbarse, exclamó:

»—Señores: habéis elegido un maestro digno en todo de vosotros.—Y, cubriéndose inmediatamente, salió de la cátedra.»

Administración: Plaza de Tetuán, 50.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. M. Pla y Valor: Ancha de S. Bernardo, 19, pral.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE LA ILUSTRACION IBÉRICA, PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA